



Alocución ciudadana PAISAJE DENTRO DE UN LIBRO

Día de la Lectura en Andalucía

¿Qué se esconde dentro de un libro? Pensemos en la metáfora de que un libro sea como una ventana que permite asomarnos al otro lado de algo o quizás dentro de nosotros mismos. Abierta la ventana, lo que se ve es un paisaje. Un paisaje que nunca acaba. Un paisaje que se abre a otras épocas, porque todos los siglos pueden habitar en una página. Detengámonos en un instante cualquiera. Por ejemplo, el 16 de diciembre de 1927. Unos poetas jóvenes posan delante de una cámara. No lo saben, pero tras el fogonazo de la fotografía, cuando la sala se llene de nubes de magnesio, quedarán congelados en un momento histórico. Estamos en Sevilla y los que nos miran desde el otro lado de la fotografía son los poetas que la posteridad llamará del 27. La generación de la amistad que hace noventa años brindó por la literatura en un lugar de Andalucía. De esa foto salieron poemas. “Yo creía que un poema terminaba en un signo ortográfico: un punto, una admiración, unos puntos suspensivos... Pues aquí mis poemas están terminando en autos, en cenas, en bebidas, en excursiones”, escribió Jorge Guillén desvelando ese tiempo de la felicidad antes de que llegaran los vientos sucios de la guerra. Alberti plantaba arboledas perdidas, Bergamín caracoleaba aforismos para resistir la vida, Gerardo Diego ensayaba sonetos espirituosos, Dámaso *gongoreaba* las “Soledades” del poeta barroco y Lorca hacía de Federico con lunas de romance surrealista.

Este año celebramos esa foto que también es un paisaje de libro, porque es una foto que se dilata y estira. Hay otros que están detrás de esa foto. Y más allá de esa foto. Luis Cernuda escribe perfiles del aire; Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y Emilio Prados se alían con las minervas para imprimir poesías que parecían cuadros; María Teresa León prueba el amargo sabor de la melancolía; Fernando Villalón invoca los espíritus de la vanguardia y Aleixandre con espadas como labios se sienta a descansar, dios de la poesía, en los jardines de Velintonia.

La lectura es un paisaje de la memoria. Abramos los libros-ventanas y admiremos el horizonte. No hay mejor bálsamo para este mundo complicado gobernado por idiotas llenos de ruido y furia. Y ahora que se empeñan en dividir nuestro mundo, convirtamos todo este paisaje en una biblioteca sin fronteras, en un mapa infinito de lecturas.

Y al leer, ¿qué paisaje contemplamos? Muy cerca se adivinan los campos de Machado y, tras un sendero que se bifurca, aparece un hechizante laberinto borgiano. También se ven los tempestuosos mares de Stevenson y las selvas de Kipling. Hay una torre desde la que Montaigne nos invita a pensar el mundo y no muy lejos Rabelais improvisa un banquete pantagruélico. Parémonos a descansar mientras leemos la historia de emperadores desaparecidos que nos cuenta Yourcenar. Y luego reemprendamos el camino polvoriento hollado por Quijotes que luchan contra gigantes de viento. Pican los soles salvajes, las leguas de hambre y picaresca de Lázaro de Tormes y Guzmán de Alfarache. Y no es mala idea contemplar el mundo a través de los cristales de modernismo azul de Rubén Darío, atravesar las ruinas góticas de Bécquer y adentrarnos en los pazos con niebla de Emilia Pardo Bazán. En este paseo libresco Joyce nos advierte que el río Liffey huele a cerveza y Kafka atraviesa pasajes donde en cualquier momento asalta el asombro de lo cotidiano.

Abramos un libro y asomémonos a esos paisajes en los que se brinda por la vida. Caminemos por la geografía de un libro, lanzándonos desde desfiladeros que terminan en océanos de palabras tibias, recojamos flores extrañas que dejan en las manos un rastro de tinta. Seamos felices leyendo y atravesando el mundo a través de este luminoso paisaje de la memoria que puede esconderse en un libro.

Felices libros

EVA DÍAZ PÉREZ